

Arturo Ameghino, príncipe de la psiquiatría argentina*

Roberto Ciafardo

ARTURO Ameghino nació en la Capital Federal el 14 de julio de 1880 y se graduó de químico farmacéutico en 1902 y de médico en 1905, instalándose en la ciudad de Mercedes (provincia de Buenos Aires), donde durante seis años ejerció la medicina general, actuó como perito en los Tribunales y dictó las cátedras de Historia Natural y de Química en el Colegio Nacional.

Atraído por los estudios psiquiátricos, desde 1911 a 1914 realizó intensos cursos de perfeccionamiento en Europa, bajo la dirección de algunas de las más importantes figuras de la ciencia neuropsiquiátrica, como Déjerine y Dupré, en la Universidad de París, y Grasset y Vialleton en la de Montpellier.

De regreso al país, inició en la Facultad de Medicina de Buenos Aires la carrera docente, que fue la gran pasión de su vida y en la que escaló la cima más alta del prestigio universitario. Ejerció el cargo de jefe de clínica en la cátedra de Neurología de Mariano Alurralde, en 1915 y 1916 y desde 1917 a 1930, el de jefe de la sección Psicología Experimental en la cátedra de Psiquiatría de Domingo Cabred, primero, y de

José Borda después. En 1920 inició la adscripción a esta última cátedra y, sucesivamente, fue designado docente libre en 1925; profesor suplente el mismo año, profesor titular en 1931 y profesor honorario en 1943.

Fue miembro fundador, en 1923, de la Sociedad Argentina de Neurología y Psiquiatría, que presidió durante el período 1927-1928; y en 1927 de la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología de Buenos Aires; miembro honorario de la Sociedad Chilena de Psiquiatría y Medicina Legal y miembro correspondiente de la Liga Brasileña de Higiene Mental. En 1927 creó la *Revista Argentina de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal*.

En 1934 fundó, en el Hospital Neuropsiquiátrico de Melchor Romero, la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de La Plata, y dictó cursos de ese año y el siguiente, dejando en los cimientos de la Escuela que instituyó, la huella indeleble de su talento y su sabiduría.

Fue el Dr. Ameghino un maestro sin afectación, dotado de un genio excepcional; perspicaz investigador y agudo

* Discurso pronunciado el 29 de agosto de 1961, en el acto de imposición del nombre de Dr. Arturo Ameghino a uno de los servicios de admisión del Hospital Neuropsiquiátrico de Melchor Romero, donde tiene asiento la cátedra de psiquiatría de la Universidad Nacional de La Plata.

SEMBLANZA

autodidacta. Señor de la palabra, por su dominio del idioma y su sensibilidad, por las bellezas del arte, poseía una cultura deslumbrante y fue paradigma de conductor por su acendrado amor a la verdad y la justicia.

En la sesión del Consejo Académico de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, del 24 de marzo de 1943, en que fue designado profesor honorario, Osvaldo Loudet¹ definió los rasgos más destacados de su eminente personalidad; y al referirse a su rectitud inquebrantable, dijo con acierto: "Franco hasta la irreverencia, su horror por la mentira, la simulación y la deshonestidad, no lo hicieron simpático a los audaces y a los inescrupulosos. Sus juicios tan severos como inesperados, dejan perplejos a los mediocres y a los ignorantes, que no se aperciben de los altos valores de su 'originalidad', pues nadie más lejos que él del común denominador del hombre mediocre".

En un medio harto desfavorable por los efectos del escepticismo esterilizador, bregó con denuedo ejemplar por el enaltecimiento de la ciencia psiquiátrica, presintiendo acaso, con perspicacia y sensibilidad de rabadomante, la importante influencia que, pocos años después de su prédica, habrían de ejercer los fenómenos propios de la vida psíquica, en el proceso de desarrollo de la medicina.

Véase, por ejemplo, el alto sentido aleccionador de la admonición que formuló en el acto de apertura de las deliberaciones de la Primera Conferencia Latinoamericana de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal, reunida en Buenos Aires en 1928. Después de exponer las múltiples dificultades que debió vencer

la Comisión organizadora que presidió, imputables al prejuicio fundado en la supuesta ineficiencia de la Psiquiatría, expresó: "En defensa de mal entendida conveniencia social, le gente rehuye al psiquiatra o lo oculta mientras no pueda exhibir sus inevitables errores; y escuda luego su actitud en el error igualmente inevitable, aunque quizá sincero, de profesionales inexpertos en la especialidad. Es de ese modo que la propia ciencia médica se asocia al prejuicio social para conspirar sin quererlo contra la Psiquiatría; y es por ello que el psiquiatra, peregrino de las clínicas según el clínico astuto, y en realidad paria en el seno de la profesión, cede a su impotencia, déjase invadir por la quietud y conspira él también, con su silencio, contra los intereses generales".

Cualquiera de sus numerosos trabajos traduce no sólo el dominio cabal de la ciencia que cultivó, sino también los rasgos inequívocos de una admirable disciplina técnica.

Dos caracteres esenciales lleva en su trama esa proficua labor científica: el afán por descubrir las relaciones de los procesos psicopáticos con anomalías o disturbios orgánicos y el empeñoso estudio de las proyecciones sociales de la psiquiatría.

La primera de esas preocupaciones le inspiró trabajos como los que se refieren a la correlación psicosomática, los trastornos mentales de los tuberculosos, la demencia precoz y tantos otros de similar enjundia, que señalan rumbos a los estudiosos, proclamando la necesidad de subordinar siempre las teorías psicopatológicas a los resultados que proporcionan los métodos científicos de investigación y razonamiento, basados en la en-

¹ OSVALDO LOUDET: *Elogio del Profesor Ameghino*. Revista de Psiquiatría y Criminología. Buenos Aires, año VIII, n° 41, Enero-Abril de 1943; pág. 80.

señanza de la experiencia y la observación.

Todos sus estudios definen al clínico acabado, poseedor de los secretos del arte del diagnóstico, fundado en la observación del enfermo, en cuyo examen puso en evidencia dotes excepcionales.

Fue, sin duda, el mejor semiólogo de la psiquiatría argentina y a ese respecto, en la ocasión mencionada, dijo Loudet, con la galanura que le es propia: "Su penetración psicológica era profunda aguda, fina y durante el interrogatorio no daba tregua ni aliento al examinado; sabía abrir las ventanas de los espíritus más cerrados y penetraba en ellos a sus anchas, descubriendo en los pliegues más ocultos lo que él sólo adivinaba y sabía encontrar. Nadie más alerta que él frente al enfermo dudoso. Nadie más seguro en el camino a través del crepúsculo de las inteligencias. Nadie más iluminado de alegría, cuando la razón retornaba a las almas anteriormente sombrías. Es que el largo contacto con el mundo de los insanos le ha permitido conocer hondamente aquellos cerebros desquiciados".

Fue, por otra parte, uno de los psiquiatras que ha estudiado con mayor profundidad, entre nosotros, los problemas de higiene y profilaxis, luchando con patriótico denuedo por la elevación mental de nuestro pueblo.

Sus excelentes monografías constituyen, en esa materia, fuente inagotable de consulta, por su positivo valor para orientar con eficacia a los poderes públicos. Ahí están sino, entre otras, demostrándolo de modo palmario, las siguientes: *El incremento de la locura en la República Argentina después de la guerra*; *Datos para la profilaxis mental en la República Argentina*; *Reseña y crítica de las instituciones actuales de profilaxis mental*; *Alrededor de la profilaxis*

mental de los tuberculosos; *Estado mental de los choferes de Buenos Aires*; *Carácter y extensión de la locura en las diversas regiones de la República Argentina*; *Notas sobre las relaciones entre psicosis y paludismo en la República Argentina*; *Exploración regional de las aptitudes mentales en la República Argentina*; *Inmigración y locura*; *La acción del Estado en el mejoramiento de la raza*; *Plan sinóptico para la profilaxis mental en la República Argentina*.

Los dos últimos de los referidos trabajos corresponden a magníficas exposiciones que hizo, respectivamente, en el Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, el 27 de julio de 1934 y en el Rotary Club de Buenos Aires el 3 de mayo de 1935. En ambas oportunidades puso de manifiesto su profundo conocimiento de los complejos factores sociales que intervienen en el proceso generador de los disturbios psíquicos; y en ambas propugnó, como medida fundamental para organizar la profilaxis, la provincialización o municipalización de la asistencia de los enfermos mentales.

A ese respecto, en la conferencia del Rotary Club, dijo: "La provincialización o municipalización de la asistencia es un ideal que aquí parece irrealizable por la falta de recursos en que muchas provincias se debaten. Pero una organización inteligente encontraría los medios adecuados para llevarla a cabo, incluso, si fuera necesario, el aumento de la subvención nacional a las provincias más pobres. En este momento la Nación no podrá conseguir que las provincias asistan sus alienados, pues el régimen legal respectivo es resorte de las legislaturas, pero en cambio asiste ella sin chistar cuanto enfermo le es enviado. Un primer paso en el sentido de la asistencia local consistiría en que la Nación entregase a cada provincia los fondos que ahora emplea

SEMBLANZA

en la asistencia de sus alienados, comprometiéndola a la asistencia local. Más tarde tendrían su oportunidad las leyes y convenios; pero entretanto se habría conseguido con ventaja que cada palo aguante su vela. Pues es bien distinto para la profilaxis alejar un alienado para que otros lo cuiden, a tener que cargar con su cuidado o con sus consecuencias. Además de que las personas capacitadas que ahora aglomeran en los emporios psiquiátricos, se repartirían con evidente beneficio en toda la superficie del país". Este pensamiento tiene validez en la actualidad psiquiátrica de nuestro país.

En cualquiera de los referidos estudios, salta a la vista cómo su espíritu inquieto y batallador lo llevó a luchar sin tregua en favor de las instituciones destinadas a mejorar las condiciones de la sociedad actual y a evitar las consecuencias de sus factores patógenos en la sociedad futura. Y en toda ocasión propicia reprochó a las autoridades, sin ambages, el lamentable retaceo del auspicio requerido para la ejecución del programa de higiene mental que le inspiró su profundo conocimiento del problema.

Dando cuenta de su desesperanza, al cabo de la dilatada e infructuosa prédica, en el discurso que pronunció en el Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, clausuró la disertación con estas elocuentes palabras de reconvención y desengaño: "Terminaré como en otra oportunidad similar a la presente, haciendo votos porque las autoridades aprovechen en favor de la profilaxis mental alguna tregua que les acuerden los altos problemas políticos que ordinariamente absorben su atención; pero también evocando con el recuerdo de mis canas el

afligente dístico de Omar Khayyam: "con lámparas apagadas y esperanzas encendidas, amanece; con lámparas encendidas y esperanzas apagadas, anochece".

Alberto Bonhour, en una magnífica semblanza del eminente maestro², afirma con razón: "No es sólo por lo largo del tiempo transcurrido desde su ingreso al hospicio de alienados hasta su retiro definitivo para jubilarse, y por haber orientado sus estudios y trabajos con marcada preferencia hacia la Psiquiatría, que se lo coloca entre el grupo de los psiquiatras más prominentes del país. Esa valoración puramente cuantitativa es poca cosa. Son las calidades excepcionales que tuvo las que hacen que se lo conozca en la gran mayoría de los centros cultos del país, y que su nombre haya sido muy tenido en cuenta y hasta reverenciado en países extranjeros, especialmente Francia e Italia. Dumas, Clerembault, Zalla, Carrara, Zucaralli, —que recordamos en este momento— se ocuparon de algunas de sus publicaciones, a veces para disentir con las opiniones vertidas en ellas, pero reconociendo siempre los altos méritos de su autor". Y recuerda las palabras que le dijo el sabio maestro George Dumas cuando por segunda vez visitó Buenos Aires y concurrió a la cátedra de Psiquiatría a saludar al doctor Ameghino: "Votre professeur c'est un des plus intelligents hommes que j'ai connu".

Es que el profesor Arturo Ameghino fue un apóstol de la medicina. Estas conmovedoras palabras con que despidió a los egresados el 8 de noviembre de 1934, en el acto de colación de grados, definen su alma sabia, afectuosa y recta; y representan el acabado paradigma de la lección suprema de un auténtico maestro, por la perdurable virtud creadora que

² ALBERTO BONHOUR: *Profesor doctor Arturo Ameghino*. Revista "Psiquiatría". Buenos Aires. Año III, n° 1. Enero-Marzo de 1960; pág. 3.

llevan en su trama: "No reprimáis vuestro sentimiento —decíales en tal ocasión— con la esperanza de ser más sabios por más fuertes. La fe promueve, ilumina y ennoblece las ideas. Sufrid junto al enfermo, reconfortad su alma con el ejemplo y el consejo, hacedle sentir que vivís para él, que sois solidarios con su dolor y su desgracia. Recordad que el dolor debe igualar a los hombres antes que la muerte; que sólo quien sabe condolerse puede ser médico de almas".

Y en otro de los párrafos de ese admirable breviarío de su apostolado ejemplar, destaca la alta misión social del médico, con esta noble exhortación: "Conservad incólume, las fuerzas mora-

les con que habéis sabido sobreponeros a estos tiempos duros de frialdad y desamor. No olvidéis que también sois mensajeros de concordia y secretos eslabones de unión entre los hombres".

Yo que tuve el privilegio de ser su discípulo y su amigo, y que durante más de tres lustros estuve tan cerca de su talento rutilante y de su abnegado corazón, doy testimonio de la justicia que significa dar el nombre del profesor Arturo Ameghino a una sala del Hospital Neuropsiquiátrico de Melchor Romero, donde tiene asiento la cátedra universitaria por él creada y desde la que durante varios años alumbró la luz de su espíritu impar.